

La Voz de Guipúzcoa

Sábado 4 de Marzo de 1922

Diario Republicano

San Sebastián.-Año XXXVIII.-Núm. 12.915

La muerte de Dato

Curiosas revelaciones de Luis Nicolau

(Por teléfono)

Madrid, 4, 0,15

«La Libertad», de Madrid, en su número de ayer, que hoy llegará a San Sebastián, publica una curiosa información hecha cerca de Luis Nicolau.

De ella entresacamos los párrafos más interesantes.

Nicolau es natural de Barcelona, tiene 25 años, habiéndose dedicado a la profesión de mecánico electricista. Perteneció, antes de formarse el Sindicato Único, al Sindicato profesional.

En Marzo de 1920 contrajo matrimonio con Lucía Joaquina Concepción.

Al interrogarle sobre el atentado, responde:

—Yo no sé nada de eso; no sé absolutamente nada. Me enteré del atentado la misma noche de su comisión, cuando iba en un travía de las Ventas, al dirigirme a mi casa de la calle de Alcalá, cerca de la plaza de la Alegría.

Al día siguiente teníamos que marchar a Barcelona, y, efectivamente, el día 9 de Marzo Lucía y yo tomábamos el rápido de Irún, hicimos escala en Miranda, dormimos en una fonda cercana a la estación, cuyo nombre no recuerdo.

Entonces sonaba mi nombre supuesto, Leopoldo N. obles, y, para evitar contratiempos, en la indicada fonda di mi verdadera filiación, y no sufrí la menor molestia.

—¿Usted tenía documentación?
—Sí, señor; tenía mi documentación y mi pasaporte. Ambas cosas me las proporcionó Ramón Casanella. ¿Continuamos el viaje?

—Sí, sí, adelante.
—Pasamos la noche en Miranda, y a la una de la tarde tomamos el tren para llegar a Lérida; dormimos en este punto; pues teníamos intención de pasar unos días en Fraga, donde mi mujer tenía unos parientes; pero por estar interrumpido el servicio de automóviles, no pudimos efectuar el viaje, y en vista de eso seguimos hasta Barcelona.

LA ESTANCIA EN BARCELONA
—Llegamos a Barcelona; nadie nos molestó a nuestra llegada, y en un coche nos dirigimos a nuestro antiguo domicilio, Rosellón, número 197. Ninguna visita policíaca recibí durante algún tiempo.

—¿Hasta cuándo?
—Hasta la detención de Pedro Mateu, a quien yo no conocía. Entonces me enteré que se perseguía a Leopoldo Noble, y como daba la casualidad de que este Noble era yo, y que, además yo iba en compañía de una mujer rubia, creí lo más conveniente alejarme de mí casa.

Así lo hice. Comí ese día en un bar de la Rambla y avisé a mi mujer para que se reuniese conmigo en la calle de Fomento, esquina a Traveseda; allí esperé más de una hora, sin resultado; mi mujer no llegó; pero no me atreví a volver a mi domicilio, y desde aquel momento, sin noticias de Lucía, estuve vagando por Barcelona, comiendo en las tabernas y durmiendo en los «sines» y en los cafetines.

—¿Entonces nadie le prestó protección?
—Nadie, nadie—dice tristemente Nicolau, recordando unos días de desengaño y de tristeza—, sólo un hombre me ayudó: Arsch, que me proporcionó dinero y

se encargó de buscarme domicilio, lo que no consiguió. Como los periódicos cada día aumentaban en sus informaciones la acusación contra mí, mis mejores amigos rehuían encontrarse conmigo. Durante el verano dormía en el Bosque, en los alrededores de Valvidriera.

—¿Hasta cuándo estuvo usted en Barcelona?

—Hasta el 21 de Octubre; mi estancia allí era ya imposible. Arsch estaba preso y aunque no había todavía recibido molestia alguna por parte de la policía, yo comprendí que mi estancia en Barcelona era, por lo menos, peligrosa, y en vista de esto decidí salir de España.

GAMINO DE ALEMANIA

—¿Por dónde pasó usted a Francia?
—Me fui a Figueras y de allí pasé la frontera francesa a pie, sin que nadie me molestase ni aun me pidiesen la exhibición de mi pasaporte.

—¿Dónde tomó usted el tren?
—En Cerbera, llegando hasta París?

—¿Usted conoce el francés?
—No, señor.

—Entonces, la situación se le haría bastante difícil.

—No; porque desde mi salida de España me acompañaba una persona, cuyo nombre no puedo decirle a usted, el cual conoce perfectamente el francés y el alemán. Este individuo fué la persona de confianza que Arsch me dejó cuando fué encarcelado.

—Bueno; pero durante este tiempo, ¿qué fué de Lucía?

—Nada supe de ella hasta llegar a París; en este punto me reuní con ella. Mi acompañante nos proporcionó unos pases de la policía francesa para poder viajar libremente por Francia.

—¿Cuánto tiempo estuvieron ustedes en París?

—Solamente unas horas. A las ocho de la mañana del siguiente día tomábamos el tren en la estación del Norte y seguimos nuestro viaje con rumbo a Alemania.

—¿Y en la frontera francesa fueron ustedes molestados?

—Nada de eso; ni tuve necesidad de presentar los pasaportes, ni nadie me los pidió.

—¿Qué impresión le causó Berlín?
—Desagradable; aquello es inmenso, «demasiado grande»—dice gráficamente Nicolau—. Me gustó más París. Al llegar, fuimos en el «metro» hasta Alexandre Platz. Anduvimos luego bastante rato por unas calles que no podría jamás recordar; nuestro acompañante nos dejó en una especie de café y allí permanecimos hasta que aquél volvió y nos condujo a la casa que nos había buscado.

—¿Y este señor siguió con ustedes?
—No, no; allí nos dejó; se despidió de nosotros y yo no he vuelto a verle.

—¿Qué tal la vida en Berlín?
—Muy aburrida; apenas salimos a la calle en los cinco días que duró nuestra estancia «oficial» en la capital alemana.

A los cinco días se verificó nuestra detención.

LA DETENCIÓN

—¿Cómo se llevó a efecto esa detención?

—Me acababa de levantar; serían las ocho y media de la mañana del día 29 de Octubre, y comenzaba a afeitarme, cuando se presentaron en mi cuarto dos agentes de policía, que me invitaron a que les siguiese. Y aquí se acabó el afeitado.

—¿Cómo se explica usted su detención?

—No he llegado a comprenderlo; creo firmemente que obedece a una delación. Hay quien asegura que si no me hubiese acompañado Lucía no se me habría detenido; estimo que están en un error los que tal afirman. Fui víctima de un «sople».

—¿Y fué usted conducido...?

—A la Prefectura de policía, donde me interrogaron. Por cierto que me ocurrió un hecho muy curioso. En la citada oficina se me presentaron espontáneamente dos caballeros que en español parecían brindarme su protección. Uno, según su dicho, era hijo del cónsul de Alemania en Barcelona y el otro un corresponsal de un diario de España. Me hicieron diversas preguntas relacionadas con el asunto motivo de mi detención, y me dieron esperanzas de que nada me ocurriría. Ambos después actuaron como intérpretes de mis declaraciones, y luego me enteré que eran dos policías.

—Después del interrogatorio me condujeron al gabinete de identificación, donde me sometieron a multitud de reconocimientos; y como me negara a firmar unos documentos, que como estaban en alemán no entendía, repitieron las amenazas y los insultos; creo yo que se van insultos aquellas frases que en tono agresivo me dirigían.

—¿Y no hubo más que amenazas?
—No hubiese sido malo. En vista de mi rotunda negativa, me pusieron unas cadenas en las muñecas y fueron apretando bárbaramente hasta hacer salir la sangre. Ante el dolor cedí y firmé aquellos papeles. Los veinticinco policías que presenciaban el espectáculo reían ante mis gestos de dolor.

—¿De la Prefectura, a dónde fué conducido?

—A la cárcel. Allí he estado todo el tiempo incomunicado. El régimen es severo y el rancho muy malo.

—¿No recibió usted ningún auxilio?
—Sí, señor; los elementos obreros y los políticos izquierdistas me auxiliaron en todo momento; gracias a ellos podía comer de la cantina y recibí alguna ropa. Este gabán que llevo me lo proporcionaron ellos.

—¿Recibió usted la visita de algún abogado?

—Sí, señor; a los ocho o nueve días de estar en la cárcel se presentó un señor, llamado Rosenfeld, que empezó por advertirme que no le habían permitido entrar antes en la prisión.

—¿Qué le aconsejó su abogado?

—Una cosa muy curiosa. Que dijese la verdad; que no ocultase nada; que si, efectivamente, era el autor del atentado, que no tuviese inconveniente en confesarlo.

A mí esto me pareció un poco raro.

—¿Y de su extradición?
—Me afirmó el señor Rosenfeld que no pasara el menor cuidado; la extradición, me dijo, no se puede conceder, es un imposible.

—¿Durante su estancia en la cárcel, pudo usted tener alguna relación con su esposa?

—Sí; la ví tres veces.

—Pero ella, ¿no estaba detenida?
—Sí, también; pero me condujeron hasta donde estaba ella, y a presencia del prefecto y de un policía intérprete, hablamos unos instantes. También cuando comunicaba con mi abogado había policías presentes.

Repasando la Historia

El ataque á Alhucemas

Estamos, según parece, en vísperas de la arremetida contra Alhucemas.

No es la primera vez que acomete España un desembarco en las costas africanas. Es de suponer que ministros y generales se habrán tomado la molestia de repasar la historia de la expedición contra Argel, allá por los tiempos del emperador Carlos primero. Y después que hayan sido puestos en guardia por aquel fracaso, deben abrir la historia de la conquista de Argel por los franceses, á mediados del siglo pasado. El éxito francés fué debido al desastre español, porque sus generales y almirantes se aplicaron á prevenir todos los inconvenientes que habían atarreado nuestra derrota.

El primer error de Carlos Primero fué no contar con el tiempo. Los bruscos cambios meteorológicos que se producen en las costas mediterráneas durante ciertos meses del año dejan un margen reducidísimo para las tareas de desembarco de tropas, municiones, impedimenta y aprovisionamientos que necesita un ejército. Es preciso tener en cuenta que el desembarco se hace en costas desabrigadas y sin facilidades para la descarga.

El bravo y prudente almirante Doria, eurtido en el mar latino y conocedor de sus excéntricos arrebatos propuso que se demorase la expedición hasta el mes de Junio. Pero prevaleció el criterio de los almirantes de tierra adentro y la armada, compuesta de cuatrocientos buques de todo tonelaje, se hizo á la vela, llevando á bordo la flor de los tercios españoles.

Se avistó la costa, saltó á tierra el ejército, fuerte de muchos millares de hombres y empezó el desembarco de la enorme impedimenta. En aquel momento se desató una tormenta horrorosa que duró tres días. Cuando se aplacaron los elementos, estaba la costa cubierta con restos de no menos de doscientos barcos. Doria pudo salvar otros tantos haciéndose á la mar en medio de los mayores peligros.

Así empezó aquella expedición que terminó en el fracaso más lamentable, diezmando el ejército por las epidemias é inutilizando por la falta de los elementos de guerra más indispensables.

Los franceses procedieron de modo muy distinto. Eligieron la época oportuna y dotaron al ejército expedicionario de todos los elementos precisos. Llegó á tal punto su previsión que revistieron de tela impermeable todos los bultos que formaban la impedimenta. No tuvieron por qué arrepentirse de ello pues, cuando estaban terminando la descarga, se presentó el temporal de Levante y los barcos tuvieron que hacerse á la mar á toda prisa, no sin antes arrojar al agua los bultos que faltaban por desembarcar y que las olas se encargaron de arrastrar á la playa en perfecto estado.

Conocemos sobradamente á nuestros hombres de gobierno para hacernos ilusiones. Su previsión no llegará ni con mucho á la de Francia. Y nuestros soldados cubrirán con su heroísmo, abnegación y sufrimientos el déficit de preparación de quienes tienen por norma la ligereza y por excusa la indiferencia pública.